





se ideaba también correr á la Vendée y colocar los monarcas á la cabeza de aquella insurrección monárquica. No hay, pues, que maravillarse mucho, si todo fracasaba; y no hay que maravillarse tampoco, si fracasado y oculto, algo trascendía, por necesidad inevitable, á conocimiento de las autoridades republicanas. Y este conocimiento, no bien claro ni bien seguro, las determinaba con determinaciones misteriosas á cumplir el terrible proyecto de la sentencia y muerte del Rey. Los conjurados franceses, algunas relaciones tenían desde Francia con los conjurados extranjeros; y en estas relaciones algo se traspiraba que podía infundir sospechas en las autoridades republicanas é impelerlas á la defensa propia, consistente de suyo en el tormento y exterminio de sus capitales enemigos, los infelices reyes. Antonieta, en su juventud, tropezó con un hombre como el caballero Fersen, quien, sirviéndola desmedidamente, la desirvió en absoluto y la llevó como de la mano al destronamiento y al patíbulo. Pues aquel Fersen, desdichado protagonista en la fuga de Varennes, y como desdichado protagonista en tal disparate, autor primero de las desgracias reales, parecía tener en su horóscopo la perdición de los reyes y entraba desde fuera en todas las confabulaciones que aceleraban la perdición y muerte del monarca. Por esta causa, no debemos extrañarnos si, en las tertulias de Coblenza y demás centros realistas, se amenazaba con el triunfo de una misteriosa conjuración, urdida contra los republicanos, y menos extrañarnos de que los republicanos se defendieran; y para defenderse, impulsaran todos los espíritus patriotas y exaltados hacia tan grave solución, como la sentencia del Monarca. Nunca éste y los suyos llegaron á compenetrarse de la desgracia que les había caído encima; ni á comprender cómo esta desgracia era en aquellas supremas horas del todo irreparable, creyéndose queridos, populares, blanco del odio de una minoría insignificante é ideando toda clase de maniobras para salvarse que los perdían en una irremediable catástrofe.

Durante la cautividad, misterios así extendían sus sombras por todos los espíritus y derramaban efluvios, cuyos efectos, condensándose y cristalizándose poco á poco, formaban y componían la misteriosa leyenda del Temple. Gravísimo error de la revolución reunir los Reyes en aquel cautiverio y suscitar con ello los afectos más humanos hasta en los corazones más demócratas, siempre atraídos por cuanto se refiere al culto de la familia y de la casa. Innumerables almas piadosas no veían en el Rey un tirano, en la Reina una hija soberbia de María Teresa, en el Delfín un heredero de odiosos privilegios; veían un padre infeliz, una esposa martirizada, un pobre niño, inocente juguete de la violencia y víctima de la injusticia. Por tal razón los regios tormentos, más ó menos exagerados, iban de labio en labio y de oído en oído, promoviendo ayes, arrancando lágrimas. Las numerosas guarniciones del Temple, los muchos comisarios de la Comunidad, renovados todos los días en sus espacios, aunque llegasen ebrios de ideas revolucionarias, con el odio á la realeza en el pecho y la blasfemia en los labios, enterneciéndose ante



la vista de aquellas majestades depuestas, y en vez de maldecirlas, con ellas la mayor parte lloraban, y por ellas. Tales afectos humanos, muy humanos, trascendían á las familias en lo más secreto del hogar y formaban una leyenda, cuyos incidentes aun hoy sirven á la causa monárquica y desirven á la causa republicana. El Rey, muy antipático por ciertos lados de su temperamento y de su carácter, aparecía muy respetable por otros lados virtuosos y buenos. Acostumbrado á dormir las siestas en público tras su almuerzo, despertaba vivo interés en los milicianos nacionales aquel sueño, cuya profundidad serena indicaba no tener en su conciencia remordimiento ninguno y hallarse de buenas con su propio espíritu y con su idolatrado Dios. Al sueño sumaba el apetito. Hasta en sus mayores penas y desgracias acompañábale tan buen auxiliar de la vida, indispensable á un temperamento sanguíneo como el suyo, necesitado de mucho combustible. Su hermana, la pobre Isabel, gozaba de igual complexión, devorando la comida, durmiendo á pierna suelta, con mucha castidad en sus costumbres y mucha pureza en su vida. Sin embargo, la falta de luz y de calor, la sobra de humedad en aquellas oscuras habitaciones, habíanle dado tantos dolores reumáticos, que muchas veces necesitaba complicadas unciones y aun enérgicos cauterios. Con esto y con todo, la princesa Isabel atraía muchos homenajes, más ó menos patentes, y cooperaba, sin proponérselo y sin pensárselo, á la poética leyenda del martirio. Nadie, sin embargo, tan reñido con la poesía, como esta ilustre persona. Contando sólo veintiocho años, parecía casera mujer, habituada de antiguo al gobierno y administración de una familia. Como Luis fué cerrajero, Isabel fué costurera. Cosía y recosía; remendaba; y estos cosidos y estos recosidos y estos remiendos daban en el ánimo de los realistas margen á mil encantadoras leyendas. También rezaba los oficios divinos como una monja; pero en punto á lectura y rezos, no podía ofrecer una gran distinción. Sus devociones adolecían todas, más que de internas, de externas; su espíritu crédulo frecuentaba más los libros de milagros que los libros de dogmas. Aunque sabedora del italiano y del inglés y del alemán; ninguna de lenguas tales, podía servirle para el superior oficio de pensar y en ninguna tenía mucho que decir. Sin embargo, Isabel ha contribuido, más que ningún otro príncipe ó principesa, de suyo, al derrame de lágrimas obtenido por la piadosa leyenda del Temple. La responsabilidad real de Luis XVI; la soberbia y torpeza de Antonieta; el orgullo de María Teresa; disculpaban, y si no disculpaban, solían atenuar un poco, el repulsivo instinto, con que las persecuciones á los desgraciados eran acogidas por una parte del público. La virginidad de María Isabel, quien parecía superior á las pasiones y á las necesidades de su sexo; la virtud, un poco pasiva, pero muy cierta; el culto á su hermano que la retuviera en París, mientras el resto de su familia se huía y salvaba, diéronle tal y tan hermoso nimbo de poesía, que, no obstante ser muy prosáica y muy vulgar, como todos los Borbones, ha pasado al poema épico de las leyendas realistas, por el genio de Chateaubriand y Lamartine realizada, como pasan

los mártires de nuestras catacumbas á los altares y á los ritos de nuestras Iglesias. La historia de Isabel, contada por los caballeros de San Luis se reduce á una especie de letanía, en que todos los calificativos más sonoros y más lisonjeros estallan sin cesar, ofreciéndole una gran apoteosis sin límites. Virgen venerada, virgen vendecida, virgen milagrosa, virgen cien veces santa, virgen que ha pasado por la tierra como un ángel y que ha ido al empíreo de un vuelo; así la presentan todos los historiadores realistas, siendo de sus alabanzas los verdaderos autores, aquellos demagogos que dieron la palma del martirio á quien sólo merecía la rueda del hogar.

Los calabozos del Temple y la guillotina del jardín de las Tullerías, aumentaron estas leyendas realistas, muy corrientes entonces y muy creídas en la reacción terrible que siguiera sin remedio á las grandes revoluciones. Ya lo hemos visto en los relatos precedentes. Por muy celada que la dinastía estuviera, no le faltó jamás un verdadero conspirador y un seguro auxiliar á su lado. Para entrar dentro del Temple y convertirse desde comisario del Ayuntamiento, en protector del Rey, bastaba decir cuatro palabrotas demagógicas, ofreciendo una fidelidad exterior y de aparato á la democracia y á la República. No emplearon otro medio los tres conspiradores á quienes arriba hemos conocido: Toulan, Lepitre y Ricardo. Con disfraces llegaban hasta las plantas de los Reyes las personas más enemigas de los revolucionarios; dígalos, si no, la facilidad con que Jarjays vistiera el traje de los lampistas y comunicara según su grado con los Monarcas. Si el Rey hubiera estado en sitio más decente, la gran leyenda no pudiera cristalizarse. Colocadlo en las florestas del palacio de Luxemburgo; y si os parece esto demasiado parisién, colocadlo en las selvas de Chambord, depuesto, destronado, como sus crímenes políticos merecían, pero atendido como también merecía su rango en Francia; y al poco tiempo la indiferencia pública hubiera dejado caer en el olvido aquellos seres bien alojados, bien comidos, bien dispuestos al recreo, en el sueño bien tranquilos; con lo cual quedaban perdidas y acabadas todas las increíbles leyendas. Pero la fortaleza del Temple se aparecía como los subterráneos dantescos, donde Ugolino devoraba su prole, atormentado por el arzobispo Rugiero durante los horribles tiempos de las torturas feudales. Aquellas torres puntiagudas, aquellas ventanas con rejas y celosías; los tragaluces que, aumentando las sombras, aumentaban las tristezas; el puente levadizo aquí, el foso lleno de aguas allá; los muros espesísimos del cerco, las paredes ventradas del castillo; tanto recuerdo antiguo siniestro, tanta sombra nefasta, extendían sobre los Reyes una increíble apoteosis, fomentando más y más en los realistas, su exaltado culto á la realeza destronada. Por cien palabras dichas en alta voz entre los comuneros demagógicos, é impregnadas del desacato y del ultraje consanguíneos de sus pervertidas almas, surgían mil palabras dichas á la callada en homenaje á la desgracia, manteniendo en los Reyes la seguridad completa de tener muchos partidarios y la esperanza terrible de que estos partidarios los redimieran y los salvaran. Así,